

*Contestación del Dr. C. Ayala D.  
a las palabras del Dr. Urbaneja*

*Señores:*

Ha querido la Academia nombrarme para dar la bienvenida al Dr. Urbaneja, a quien recibe hoy en su seno como Individuo de Número, y yo he aceptado esta honra no sólo por deber de disciplina, pero también porque hallo ocasión de manifestar cuán grato me sea ver premiados los trabajos de uno de mis antiguos profesores de la Universidad de Caracas. No sé por qué motivo fuí designado para ser de los socios fundadores de esta Corporación, cuando tantos otros habían trillado antes que yo, abastados de méritos, la misma carrera científica. Contóse entre los que fueron pretermitidos aquel sabio maestro matemático y naturalista (vivo aún por aquellos días, si bien próximo ya a desaparecer del escenario de esta vida), que habría sido honra de cualquier Academia: hablo del insigne Doctor Don Enrique Delgado Palacios, cuya gran modestia no fué bastante a acallar la fama de su no menos grande sabiduría. Perdonad, señores, que en estas horas de justo regocijo traiga a vuestra memoria un doloroso recuerdo. No hago sino repetir en público lo que privadamente dije cuando se instaló este ilustre Cuerpo; y recuerdo muy bien que como a Delgado Palacios, señalaba yo a Urbaneja como a otro

de tantos que habrían podido entonces venir a sentarse al lado de los sabios.

Si se fuese a juzgar la labor de Urbaneja por su rápida descripción de las experiencias hechas en Venezuela para determinar "la resistencia de sus materiales de construcción", cierto que, los que no supiesen lo que saben todos mis colegas acerca del descriptor, podrían preguntarse si bastaba sólo eso para ser miembro de una Academia de Ciencias. Pero por fortuna suya y nuestra es Urbaneja bien conocido y reputado como digno sucesor de un nombre ilustre.

No dudo que al compendio que nos ha presentado, de cuya brevedad no poca parte cabe de culpa a la agitación de los días que hemos vivido y a la molesta enfermedad que últimamente le obligó a ausentarse al extranjero, habría podido sustituir con ventaja la recopilación de sus varios anteriores escritos sobre temas semejantes. Por cierto que yo podría agregar a sus estudios sobre las maderas, como para complementar sus conclusiones y contribuir a aliviar tareas de cálculo, una tablilla que de las vigas sometidas a flexión publiqué en 1930 para salir de un apuro, trabajillo éste insignificante sin duda, fruto de ratos ociosos en que no sospechaba para qué, andando los años, habría de servirme. Esta explicación debió constar al frente de la tabla; pero las circunstancias apremiaban, como dije, y si hubiera habido tiempo de hacerla no habría sido aprieto para mí el que fué causa de su estampación apresurada.

Breve y todo, el estudio de incorporación del Dr. Urbaneja señala un buen camino. Ojalá que nuevas investigaciones lo continúen y lo completen, y haga Dios sea pronto un hecho la instalación de los laboratorios que desde que fué instituida procura la Academia.

Reconocidos los méritos del beneficiario, permitid, señores, que con franqueza igual a la suya me refiera ahora a las palabras que acaba de decir, y lamente entre otras cosas (como tal vez lo habría hecho su eminente predece-

sor) que tilde de vaga en la persona de los metafísicos a la madre de las ciencias, cuyas verdades, según parece que infiere, no están a nuestro alcance; y que vislumbre la gradual extinción del delito si se evita "la multiplicación de los seres a quienes haya tocado en suerte ser poseedores de tendencias delictuosas. . ." Como simplemente las enuncia, no me da ocasión el nuevo colega para que yo discuta aquí sus aseveraciones, eco tardío de otras más serias y dificultosas de rebatir con que ciertos especialistas, obedientes a una consigna que ya no es hoy ningún secreto, pretendieron en los últimos cien años socavar los racionales fundamentos de la civilización occidental de Europa.

Puede creer el Doctor Urbaneja que la Academia de muy buen grado le recibe y acoge. Ocupe sin contradicción el puesto que ha mucho merecía.